

to, que en la Carta, Magna donde tan detalladamente se enumeraron todos los privilegios de los barones y hombres libres, ninguna medida de mediana inportancia se estipuló en favor de la numerosa clase de labradores, ó sea siervos. La decadencia que se operó en los Estados, que formaron aquellos agrestes conquistadores, á consecuencia de la relajacion de costumbres, fué sumamente rápida; de suerte que las diversas hordas de invasores que se sucedian, encontraban generalmente á los que les precedieran enervados por la ociosidad y debilitados por los placeres. Apenas se podria creer que los despreciables y degradados barones que abandonaron á Rodrigo en la lucha que sostuvo contra los moros que invadieron á España, fuesen los mismos intrépidos guerreros que á las órdenes de Atila penetraron en aquella segregada provincia del Imperio Romano; y los conquistadores moros se vieron reducidos al mismo estado de degradacion, á los pocos siglos, á consecuencia de las mismas causas. El ingenio y los triunfos mismos de Carlo Magno eran muy á propósito para perpetuar aquella mezcla de barbarie y afeminacion de que él dió ejemplo, y jamás apareció la humanidad mas pusilánime ni degradada, que bajo aquella serie de reyes llamados Desidiosos, indignos sucesores de Carlos Martel, y de los nobles que combatieron por el Cristianismo en el campo de Tours hasta exhalar el postrer aliento. Todos los esfuerzos que hacia Carlo Magno en pro de los adelantos de su pueblo eran infructuosos por motivo del limitado núme-

ro de individuos libres que contenia. Unos cuantos miles de éstos se veian diseminados en medio de millones de siervos; y tuvo el pesar de ver durante su vida, que se iba introduciendo con rapidez la corrupcion aun entre las tropas que tantas veces condujo á la victoria. La propia causa echó por tierra las instituciones que sistemó Alfredo para la proteccion y adelantos de su pais; y espuso á la nacion inglesa por tan dilatado espacio de tiempo, á la desolacion y al destrozo que ejerció en ella una corta masa de bárbaros del Norte que la invadió (1).

Las guerras parciales que se hacian unos contra otros los nobles, fueron la primera circunstancia que dió nuevo ser al valor, y que reaminó la energía de los señores feudales. A esta circunstancia, á la fortificacion de los castillos y al continuo uso que hacian de las armas los adherentes de los señores de terrenos, se debió que recobrase su esfuerzo militar la Francia. La necesidad infundió aliento á la nobleza española, y la hizo desplegar en las montañas de Galicia la intrepidez que ostentaron antes sus conquistadores, y que habian perdido por encenagarse en los placeres que ofrecia Córdoba. El espíritu militar de los ingleses habia decaido por iguales causas, y renació á consecuencia de las guerras que se hicieron entre sí los nobles, en la época del reinado de Estéfano; y en medio la de-

(1) Condé, Hist. des Arab. I, 62, II, 125. Sismondi, France, II, 279, 355, 410; III, 96, 97. Los Anglo-Sajones, de Torner, II, 66.

Efectos que produjeron las guerras particulares de los nobles.

solacion del pais y sus destrozos, se elevó aque-
 esfuerzo que debia poner los cimientos de la li-
 bertad, de que habian de gozar los bretones en
 tiempos mas dichosos (1).

Pero vióse al cabo destruida la libertad feudal,
 por razon del cambio de costum-
 bres y el resultado natural de la
 opulencia. Hallándose limitada la
 libertad á una clase determinada del Estado, fe-
 neció tan luego como desapareció toda virtud en
 los únicos miembros de la sociedad, que estaban
 interesados en su defensa: como existia en míni-
 ma dosis en la numerosa masa del pueblo, no po-
 dia esperar que éste emplease en su sostenimien-
 to los talentos que yacian amortecidos en su áni-
 mo. La riqueza enervó á sus poseores, y no
 habia clase inferior á éstos que los reemplazase;
 llegaron á corromper los ricos, y continuaban
 los pobres sin embargo sumergidos en la servi-
 dumbre. No sucedia lo mismo en las otras di-
 versas naciones, pero los resultados eran idénti-
 cos. Los reinos de Aragon y Castilla se goberna-
 ron en las épocas primitivas de su historia, bajo
 un sistema de monarquía mas limitado que el de
 los Plantagenets de Inglaterra, y en nada cedian
 sus nobles á los barones de Ruanymede, en empe-
 ño por conservar sus privilegios; pero en vano
 obtenian, por la fuerza, concesiones de sus sober-
 ranos, en vano les hacian que las confirmasen, al
 prestar juramento de fidelidad á los reyes que
 se sucedian.

[1] Hume, I, 296. Sism. France, III, 374. 481
 Condé, II, 126, 368, 494.

El espíritu de independenciam y las libertades
 patrias fenecieron, cuando degene-
 ró la aristocracia feudal, á conse-
 cuencia del egoismo y la degrada-
 cion de la inmensa masa del pueblo. Las cortes
 conservaron su espíritu de independenciam, y man-
 tuvieron siempre su vigor los "Grandes Fue-
 ros" de Aragon, que constituyian su Carta Mag-
 na; pero las ciudades se mostraban omisas en
 enviar representantes á sus respectivas asam-
 bleas, y aun muchas de ellas toleraron que se
 las despojase del derecho de intervenir en sus
 deliberaciones. Se aficionaron los nobles á la
 magnificencia de la corte, y bajo las formas de
 una monarquía limitada, fue regida España por
 un gobierno despótico (1).

En Francia, la nobleza, durante la fuerza de su
 vigor feudal, redujo á la corona á casi el mismo
 grado de dominio á que estaba limitada en Ingla-
 terra; llegando á tal punto, que por cerca de medio
 siglo estuvo generalizada la opinion, que confir-
 maron muchos actos del trono, de que no se po-
 dria imponer tributo alguno sin la aquiescencia de
 las tres clases. Pero aquel armazon de gobierno
 libre vino por tierra, cuando llegó la decadencia
 de las costumbres feudales. El esplendor de la
 corona y los encantos de la capital atrajeron á
 Paris á la nobleza, y la libertad que reinaba en
 el campo, careciendo de sus únicos apoyos, de-
 apareció con celeridad (1).

(1) Blanca's Com., 669. Edad Media de Hal, II,
 38, 45, 67.—Mariana, Teoria de las Cortes, 345.

(2) Mabli., Observations sur l'Histoire de France, S.
 V. c. 1º, y Hallam., I, 256, 370, 391.

La organizacion era hasta cierto punto distinta en Alemania. En Alemania, aunque, á semejanza de las demas monarquías de Europa, había establecido desde luego allí el sistema feudal, los principios de un gobierno libre, la ilegalidad de los tributos que se impusiesen sin previo consentimiento del pueblo, y el participio, en la soberanía legislativa, de todas las clases del reino.

El poder de que gozaban los grandes barones, fué causa de que se hiciese electivo el imperio, y ocasionó que se dividiese en estados diversos el venerable edificio de la Confederacion Germánica; pero como el dominio que ejercia cada soberano en su jurisdiccion respectiva, no encontraba oposicion que lo refrenase, en la inteligencia ó vigor del pueblo, se fué volviendo progresivamente ilimitado, hasta que destruyó aquella obra de libertad la insaciable ambicion del poder militar que quedó dominado (1).

No obstante el apego hereditario que por un dilatado periodo tuvo el pueblo inglés á las instituciones liberales; á pesar del paso que dió para difundir el mismo espíritu, estableciendo el juicio por jurados, y de la circunstancia de su posicion insular con que contaba para conservarla, empezaron á obrar las propias causas de decadencia, y la independencia feudal de los barones de la edad média, se vió minada por la corrupcion que se introdujo en las épocas de opulencia. Las guerras desoladoras de York y de Lancaster debilitaron las filas de los no-

(1) Schmidt, VI, 8. Hallam, II, 130.

bles; el aumento del lujo, haciendo mayores sus gastos, minó los cimientos de su poder. Cuando entró á reinar la dinastía de los tudores, ya el parlamento veía con indiferencia las libertades del pueblo. No existia en toda Europa monarca que gobernase á su pueblo con mas absoluto dominio que Enrique VIII, y no hay rasgo mas instructivo en la época moderna, que el dócil servilismo con que tanto el parlamento como el pueblo, acataban sus despóticos mandatos. Apenas podrá la historia presentar ejemplo de reinado en que se ejerciese mayor número de violentas invasiones, no solo sobre el derecho público, sino aun sobre la propiedad privada, durante el cual se viese mas infamemente prostituida la justicia en los tribunales, en que mas espontáneamente se dejase despojar de la libertad en sus medidas un parlamento, ni en que obrase el trono con mas tiránico capricho. Los que atribuyen la libertad de la Inglaterra única y puramente á las instituciones feudales, deberian tomar en consideracion el estado que guardó el país, y el servilismo en que estuvo sumergido el pueblo, durante el reinado de este feroz tirano, que confiscó los bienes de una tercera parte de los dueños de tierras de su reino, mandó ejecutar á 72,000 individuos en el transcurso de su vida, y aun quizá fué él quien privó de la suya á la mas prudente y popular de sus hijas (1).

De consiguiente, á pesar de la propiedad su-

(1) Henry's Britain, XI, 260, 372. Hume, III, 94, 389; IV, 275; V, 263, 363, 470.

Solo era á propósito para una época de barbarie. ma con que el sistema feudal se adaptaba á la edad média para la conservacion del espíritu de independencia; no obstante lo reconocidos que debemos estar á la influencia que ejerció, supuesto que por su medio declinó la prepotencia de los conquistadores del Norte, y porque impidió que hasta los simples nombres de derechos ó fueros desapareciesen bajo la destructora mano del poder, como sucedió en las monarquías del Asia; aun cuando plenamente debemos admitir y admitimos, que se habria entregado sin oposicion á los mayores excesos, la monarquía, si cuando se hallaba pobre y desunido el pueblo, no hubiese existido aquella nobleza esforzada y libre; con todo eso es evidente que la enunciada institucion era solamente propia de tiempos bárbaros; pues que no habria podido amoldarse á los cambios á que las sociedades están sujetas, ni sostener á la libertad de las épocas civilizadas. Con el establecimiento de fuerzas militares permanentes, la invencion de la pólvora, los progresos que fué haciendo el lujo, y la formacion de ciudades, decayó necesariamente. Por donde quiera que se erigió la libertad sin apoyarse en otros cimientos, vino, hace mucho tiempo, á tierra (1).

El sistema feudal se mantuvo en todo su vigor durante los siglos duodécimo y décimo tercio. En tanto que no se separaron los barones de los castillos fortificados que tenian en las tierras de que eran posesores; que se mantuvieron rodea-

(1) Hal. I, 321.

dos de sus arrendatarios á quienes adiestraban en el manejo de las armas por medio de bélicos ejercicios, y que estaban identificados con la suerte de sus caudillos por costumbre y por interes á un tiempo mismo; mientras que cubrió sus cuerpos, de pies á cabeza, la armadura, y marcharon al frente de sus masas de leales guerreros, fueron el terror, tanto del rey como del aldeano; y aun cuando gozaban de tantos privilegios obtenidos por la fuerza, ninguno concedian á sus míseros vasallos. Sin lástima ni misericordia, extinguieron las primeras sediciones que promovió el pueblo para hacerse de una parte de aquella libertad que á fuerza de brio se afianzaran. Las insurrecciones de la *Jacquerie* en Francia, de los campesinos bajo la direccion de Wat Tyler en Inglaterra, y de los flamencos capitaneadas por el cervecero de Gante, fueron reprimidos con una crueldad de que se ven pocos ejemplos en la historia. Vanos eran los prodigios de valor que hacia, para obtener el triunfo, aquella muchedumbre que tenia que habérselas con guerreros vestidos de acero, y que ademas se habian habituado desde su niñez al uso de las armas. Los caballeros penetraban por entre aquellas masas, y rompian sus filas con la misma facilidad que si fuesen pacíficas reuniones, y el degradado siervo, incapaz de aquellos esfuerzos de heroismo que animaba á los descendientes de los libres pastores de los Alpes, sucumbia bajo los golpes del destino, con la resignacion de un mártir mas bien que con el aliento de un guerrero (1).

(1) Hume, III, 5, 7. Sism. X, 533, 540; XI, 434, 435.

Pero el poder de los nobles que habia sido imposible derribar tierra por la fuerza, vióse minado por la opulencia; y lan emancipacion del pueblo, para cuya adquisicion se sacrificaron infructuosamente miles de vidas, vino al cabo á conseguirse por medio de los desarrreglados deseos y de las flaquezas de sus opresores. Aparecieron formidables los nobles, mientras emplearon su vida en el ejercicio de las armas, y se presentaron al frente de la fuerza militar que se agrupaba á las inmediaciones de los muros de sus castillos; pero se manifestaron despreciables, cuando malograron sus años, entregados á los frívolos pasatiempos de la corte, y disiparon sus fortunas en el lujo de las capitales. Cesaron sus arrendatarios de tener la misma veneracion que antes á caudillos á quienes rara vez veian: los placeres que desplegaban las ciudades, ejercieron un poder sin límites en aquellos que en nada tenian ya á los campesinos sus subordinados, é hizose insaciable la sed de riquezas entre hombres que tenian incesantemente ante los ojos, los brillantes atractivos de la corte. Los progresos que hizo naturalmente la opulencia, fueron fatales para un poder que nada hizo en pro de la felicidad general; y la sabia Providencia hizo que los grandes, con sus desórdenes, perdiesen la preponderancia que habian adquirido, y de la cual se habian servido para ejercer la opresion, en vez de haber hecho que por su medio se entronizase la libertad.

Al paso que se veia reducida á tal extremo

La opulencia fué la que debilitó el poder de los nobles.

Progresos de la libertad en la parte meridional de Europa.

aquella libertad que habian traido de sus selvas natales los bárbaros conquistadores del Imperio Romano, se representaba una escena distinta en el mediodia de la Europa, en donde jamas habian llegado á estingirse completamente las huellas de la civilizacion romana, y en que tampoco habian podido adquirir su entero desarrollo los vástagos de la independenciam gótica. No debió su origen la libertad de la Italia moderna á la independenciam de que gozaban los poseedores de sus campos, sino al espíritu liberal de los habitantes de sus ciudades. No la sirvieron de cuna los salones del feudalismo, sino las plazas públicas, á que concurrían los ciudadanos industriosos.

En tanto que los señores dueños de tierras se ocupaban en formar preyectos de destruccion recíproca, y salian de sus fortalezas de los Apeninos, para desolar las próximas llanuras, los pobladores de las ciudades florecian bajo la proteccion de sus muros, y reanimaban el fuego de la libertad urbana sobre sus mismas antiguas cenizas: En la época en que los Estados transalpinos se hallaban todavía sumergidos en la barbárie, y cuando la industria apenas asomaba en uno que otro punto, á la sombra de los almenados castillos, ya las repúblicas de Italia se hallaban en un alto grado de opulencia, y las artes habian echado profundas raíces en medio de los monumentos que acreditan el esplendor antiguo. En la época de Eduardo III, cuando todavía los nobles de Inglaterra vivian gozando de rústica abundancia, cuando se estendian en los pavimentos de

sus salones, esteras en lugar de alfombras, y cuando habia poquísimos barones que supiesen escribir sus nombres, existian Petrarca y el Dante, y brillaban el pincel de Rafael y el pensamiento de Maquiavelo. Cuando Cárlos VIII, al frente de la intrépida pero bárbara nobleza de Francia, invadió la Italia á fines del siglo XV, se encontró en el seno de un pueblo opulento y altamente civilizado, muy adelantado en la carrera del progreso, y en el cual habia una multitud de comerciantes, que contaban en el número de sus deudores á muchos soberanos de Europa. Cuando aquel caudillo feudal amenazó con que haria resonar sus clarines dentro de los muros de Florencia, los vecinos de aquella ciudad contestaron que mandarian tocar á rebato; y el monarca de la nacion militar mas prepotente de Europa, temió medir sus fuerzas con las de los ciudadanos de una república pacífica (1).

No son menos dignas de mención que la opulencia y el esplendor de Italia las virtudes cívicas que ostentó en aquellos tiempos. En un periodo tan remoto como el siglo XIV, fué derrotado el emperador de Alemania por una coalicion que formaron las repúblicas de la Lombardía, y el patriotismo de la libertad moderna rivalizó con las virtudes de los antiguos Estados de la Grecia. La historia puede referir con orgullo, que cuando la soldadesca alemana presentó con in-

Progresos rápidos que hizo la civilización urbana en Italia.

(1) Sism. Rep. Ital. III, 157; V, 365; XII, 168. Hume. II, 948.

humana crueldad á los hijos de los vecinos de Cremona en los muros de aquella ciudad, para impedir que descargasen sus armas los sitiados, hirieron los aires con clamores de dolor los padres, pero no cesaron de combatir en defensa de sus libertades: tambien podrá gloriarse de relatar, que hallándose once mil de los ciudadanos de Pisa, presos en las cárceles de Génova, enviaron una unánime esposicion al senado, en la cual pedian, que no comprase su libertad al precio de la rendicion de una sola fortaleza de las que aun conservaba la república. Con entusiasmo recordamos los esfuerzos que el imperio británico hizo durante la guerra pasada; pero por grandes que hayan sido, es necesario convenir en que no llegaron á los que impidió el itálico patriotismo, al tripular las contrarias armadas de Genova y Venecia con tan numerosa marineria, en la batalla de la Meloria, como la que pudieron haber empleado en sus escuadras en el combate de Trafalgar, la Inglaterra y la Francia (1).

Pero las repúblicas itálicas cedieron á la influencia de las mismas causas que habían sido, para los griegos, tan nocivas, y que igualmente destruyeron la independencia feudal de la parte septentrional de Europa. No dieron paso alguno en bien de las libertades ó los intereses de la numerosa masa del pueblo. Los Estados de Florencia, Venecia, Genova y Pisa, en realidad no eran libres: eran dinastias en que unos cuantos individuos habían

(1) Sism. Rep. Ital., III, 90; IV, 22, 29.

usurpado los derechos, y dispuesto de las fortunas de una considerable mayoría de sus conciudadanos. Durante la época mas floreciente de su historia, no ascendian á 20,000 los ciudadanos de todas las repúblicas de Italia, y estas clases privilegiadas tenian á otros tantos millones de individuos bajo su yugo. El número de ciudadanos que tenia Venecia, era el de 2,500; Genova contenia 4,500, y en Siena, Luca y Florencia, habia 6,000. Hallándose restringido hasta tal grado el derecho de ciudadanía, se estendió á muy pocas familias, y se le ponía á cubierto de todo menoscabo, con el mismo cuidado con que guardaba sus bienes particulares la nobleza. Ninguno de los privilegios de que gozaba el ciudadano, se hacia estensivo á las provincias conquistadas; no se concedia derecho alguno á las repúblicas aliadas. Las clases privilegiadas del estado dominante, procuraban con ahinco retener el derecho gubernativo en sus manos, y el envidioso espíritu del monopolio mercantil, al paso que tenia bajo su dominio á las fortunas del Estado, paralizaba los impulsos del subyugado territorio. De su libertad tan restringida no podia esperarse bien alguno, ni podia erigirse sobre tan reducido cimiento, ningun edificio duradero. Aun en medio de la mayor prosperidad se observaba incessantemente la discordia que originaba esceptacion tan injusta y arbitraria, y la maziza construccion de los edificios de Florencia aun hoy atestiguan que hubo un tiempo en que no habia familia noble, que no estuviese dispuesta á resistir dentro de su propio palacio, un asedio en

defensa de los derechos que con tanta obstinacion rehusaba á sus conciudadanos (1). Los rápidos progresos y la brillante historia de aquellas repúblicas aristocráticas, pueden servir para demostrarnos cuánta es la animacion que comunica la libertad, aun cuando se halle restringida á una clase determinada de la sociedad; la repentina decadencia de aquellos pueblos, y la acelerada estincion del espíritu público en ellos, fueron la consecuencia inevitable del hecho de limitar á un corto espacio, los derechos que se debieron estender á un círculo mas vasto.

Las Repúblicas que se hallen de esta manera constituidas, serán incapaces de sobreponerse á los golpes de la adversidad, y de resistir á aquella insensible decadencia que se sigue á la prosperidad. El primer revés que sufrió el Estado, le privó de todos sus aliados, y redujo sus fuerzas á aquellas que puramente podia encontrar dentro de sus propios muros. La oligarquía veneciana no concedió derecho alguno á las provincias que conquistó en la marcha Travesina, aun cuando manifestó el senado que quedarian reintegradas en su libertad, cuando se las enviase el estandarte de San Marcos; y de consiguiente, en un dia se vió despojada de todas sus posesiones, quedando reducida á sus antiguos límites, que formaban los pantanos dentro de los cuales estaba situada la capital. Cuando Florencia atrajo á su dominio á su rival la república de Pisa, no recibió, en virtud de esta agregacion, aumento

(1) Sism., Rep. Ital., 12, 16, 18, 21.

de vigor, porque tampoco comunicó poder al nuevo territorio adquirido; y las tropas que se empleaban para conservar en sujecion á la nacion conquistada, eran otras tantas que tenia de menos la potencia conquistadora. La disolucion de la confederacion ateniense, despues de la derrota sufrida á la vista de Siracusa; la pérdida del poder de la Lacedemonia despues de la batalla de Leuctra, la estincion de la preponderancia tebana despues de la muerte de Epaminondas, se reproducen en la historia de la Italia moderna; pues al primer revés de importancia que sufría Venecia, Florencia ó Génova, las naciones que habian sojuzgado, sacudian un yugo que aborrecian, y se unian á cualquiera invasor que se les presentaba, á fin de echar por tierra aquella odiosa autoridad, en que no tenian parte alguna. Sin que resintiesen golpes de fortuna, la sola silenciosa marcha del tiempo bastó para que llegasen á la debilidad de la vejez aquellas sociedades que solo contaban, para conservarse, con los esfuerzos de las otras clases. Las familias en quienes el supremo poder estaba limitado, se fueron estinguendo con el trascurso de los años, ó enervándose con la opulencia, y no pudieron las clases inferiores comunicarlas aquel vigor de que necesitaban para robustecerse. El número de los ciudadanos rápidamente declinaba, al paso que incesantemente crecia el número de descontentos que se veian sujetos á su influjo. Los males que se resentian, originados de aquella forma de gobierno, fueron causa de que se engendrara un deseo general de ver por tierra el sistema, y pa-

ra evitar las funestas luchas á que dan lugar las facciones, muchas repúblicas de Italia hicieron una espontánea renuncia de sus libertades, pues á esto equivale haberlas dejado perder permitiendo que las invadiesen potencias extranjeras (1).

La industria y riqueza de Flandes engendrarón allí el espíritu de libertad desde muy temprano, y por un dilatado periodo hicieron los mayores esfuerzos los habitantes de sus ciudades para conservarla. Pero hallábase limitada la libertad á los vecinos de las poblaciones grandes: los labradores que ocupaban los campos se unian á sus nobles señores para combatir la influencia progresiva que iban adquiriendo las clases fabriles, y la envidia que tenian á aquel ramo de industria que rivalizaba con la suya, les impedía cooperar en mancomun á la defensa de la independencia. Una sola ocasion se presentó en que se viera á todo el pais ponerse en masa sobre las armas á consecuencia de un inesperado triunfo, en cuya circunstancia un caudillo de mayor esperiencia militar pudo haber establecido la libertad sobre mas sólidos cimientos; pero no tenian los ciudadanos de Gante, la firmeza de los pastores de Unterwalden, y la victoria de Resebecque sumergió por siglos enteros, á la progresiva independencia que iba adquiriendo la industria mercantil, bajo el bárbaro yugo del poder feudal (2).

(1) Sism., XII, 16, 18, 21. Maquiav. III, c. 27.

(2) Barante, I, 42, 43. Sism., France, II, 249.